



Desde

8

años

PLANETA

AZUL

LA LIGA DE LOS ESPANTOS LLORONA: LA GUARDIANA

OLIVIA VERA

ILUSTRACIONES DE GUSTAVO ORTEGA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustraciones de interior y de cubierta: Gustavo Ortega

© 2018, Olivia Vera

© 2018, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6998-0

ISBN 10: 958-42-6998-4

Primera impresión: julio de 2018

Impreso por: Editorial Bolívar Impresores S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

OLIVIA VERA

(Colombia, 1988). Vive con sus dos perros y una gata siamesa en una casa a los pies de una montaña, donde asegura encontrar la verdadera libertad. Además de escribir, Olivia toca el bajo en algunas bandas de indie rock y cada tanto viaja de mochila al hombro. Ya ha recorrido cerca de 15 países, pero su favorito sigue siendo Colombia, que empezó a conocer mejor cuando quiso reescribir las leyendas populares. Vivió unos meses en Nueva York y allí tomó clases de Kung Fu con un discípulo de Bruce Lee. Algunos de sus autores favoritos son Marina Colasanti, A. A. Milne, Maurice Sendak, Miguel de Cervantes, Kurt Vonnegut, Květa Pacovská y Sara Fanelli.

Durante varios años se dedicó a escribir la saga de los espantos y la mantuvo inédita hasta ahora.

ÍNDICE

I. Terrible de toda terriblosidad.....	11
II. ¡No me haga nada, no me haga nadaaaa!	17
III. Saltando alrededor del fuego.....	25
IV. Experto en espantos	33
V. Tres señales para encontrar un gran tesoro	41
VI. Es que soy muy sentimental.....	53
VII. Una lágrima capaz de detener el tiempo.....	61
VIII. Los buenos amigos siempre nos salvan, aun a distancia	71



|

TERRIBLE DE TODA TERRIBLOSIDAD

Una vaca, tres vacas, diez vacas. Dos vacas, cinco vacas, nueve vacas. Ningún toro. Con la frente estampada en el vidrio frío del autobús, Nacho hacía conteos para no pensar. Pensar, por ejemplo, en lo terrible de esta excursión: las garrapatas pegadas a su salvaje pelo, caminar montaña arriba hasta quedarse sin aire, los grupos de trabajo en que siempre lo escogen de último, ¿y qué pasaría si le tocara quitarse la ropa para nadar en el río, que además tiene el agua más helada que los pies de una abuela?

Terrible de toda terriblosidad.

Sus compañeros ni se molestaron en hablar de estos riesgos. Cantaban como si fueran a un paseo y no a un campo de entrenamiento con el profesor Pelado, el que les enseñaba educación física y se quedó sin pelo por los enfados que le daban sus estudiantes. O eso decía.

—Que canten que canten los burros de adelante —comenzaron unos.

—Mamola, mamola, los burros de la cola.

—Remedio, remedio, los burros del medio.

De la copla pasaron a las carcajadas. Nacho sonreía forzosamente para que no pensaran que «se creía superior». Volvió a las vacas y a las colinas y a los árboles torcidos y a los riachuelos al borde del camino.

—¿Qué pasa Nacho? ¿No te gusta salir de tu mansión? —lo interrumpió Sofi, que había estado sentada a su lado en silencio.

—Bue... es una casa grande, pero no una mansión. Y no, no es eso. Hubiera preferido que fuéramos al mar o a un sitio más tranquilo.

—¿Más tranquilo que el campo?

—En el campo hay que trabajar mucho. Y mira —Nacho le enseñó sus brazos, flacos como una manguera— yo no tengo fuerza para eso.

Sofi se recogió el pelo y empezó a tejer una trenza. Le habló a Nacho como si fuera un niño pequeño:

—Pobrecito...

—¿Pobrecito? ¿Y tú sí tienes músculos para lo que viene?

—Nacho —lo miró, seria— yo la fuerza la tengo aquí —y señaló su cabeza.

Dos horas de camino. Menos mal la profe de español, a la que le gusta que le digan Juanita Habichuela, los acompañó también y les contó historias para que no se aburrieran, historias que ella se inventaba y en las que casi siempre había habichuelas y gigantes.

El profesor Pelado tocó su silbato para ponerlos en marcha. Los ‘exploradores’ bajaron del bus con mochilas que igualaban su tamaño. La de Nacho era la más grande, y se lamentó de haber seguido los consejos de Coco:

—Lleva todo lo que puedas necesitar. Y lo que no, también, le dijo su amigo la noche anterior, orgulloso de su canasta mágica en la que cabe desde una hormiga hasta una nave espacial. Quién sabe.

Sus padres, que sí eran prácticos, le empacaron sándwiches, una bolsa de dormir y cepillo de dientes.

Llegaron al mediodía a una finca que parecía abandonada: tejas oxidadas, enredaderas que sofocaban la pared y ventanas desencajadas, algunas con los vidrios rotos. Salió una vieja mujer. Sus arrugas se alargaron más allá de sus labios, dibujando un gesto por siempre triste. Tenía las cejas juntas, ¿o una sola ceja? Sus ojos y cabello eran claros, como de otro país.

Los estudiantes saludaron en coro, pero ella no respondió. Juanita Habichuela se acercó a saludar. Había ido hacía un par de semanas a pedirle permiso para que sus chicos pudieran acampar en la parte trasera de su casa.

—Adelante —respondió, seca— pero no hagan ruido, ni toquen nada, ni dejen basura, ni ríen, ni ronquen, ni...

Los maestros Habichuela y Pelado agradecieron y le dieron la orden a su grupo de armar el campamento.

Nacho sufría. Una cosa era levantar una tienda con sábanas y sillas en su casa y otra, clavar estacas en la tierra y organizar palos de distintos tamaños hasta que alcanzaran una arquitectura piramidal perfecta. La estructura colapsó tres veces. En el último intento, Sofi y Conrado le ayudaron.

Nadie cantaba en la noche, solo el río que estaba al otro lado de la finca de la Vieja. Nacho respiraba como su madre cuando meditaba, convenciéndose de que el campo sí era tranquilo. O no. Se quitó el pelo de las orejas. No solo era un río lo que escuchaba, también unas cadenas. Cadenas pesadas, cadenas de ultratumba, cadenas terribles.

Terribles de toda terriblosidad.